

CRONICA DE TEATRO

EL PUEBLO DE ESPAÑA
CANTA LA LIBERTAD

«Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipcíaca»,
de Martín Recuerda, en La Comedia

Ofrecemos el juicio de Manuel Gómez Ortiz, crítico teatral de nuestro fraternal colega «YA», sobre la obra «Las arrecogías del Beaterio de Santa María Egipcíaca», de nuestro paisano José Martín Recuerda, y que fue estrenado con rotundo éxito el viernes, en el teatro de «La Comedia», de Madrid:

Lo sabíamos. Se sabía, aunque algunos inquisidores dijeran que cuentos chinos. Lo sabían y lo amordazaban. Insistíamos —más de uno— en que contáramos con un teatro español de calidad, reducido a silencios forzados y mutilaciones. Ahora, ahí están «Las arrecogías del Beaterio de Santa María Egipcíaca», que, en cuanto se ha alojado el garrote vil que las acogotaba, han estallado en toda su grandeza esplendorosa. José Martín Recuerda, dos veces premio «Lope de Vega», escritor incansable, no ha cejado en su noble empeño; y, gracias a su tesón, a su paciencia sometida a todas las pruebas, hoy podemos contemplar en La Comedia una de sus piezas prohibidas según la ley de la callada respuesta. Y limpiamente se produjo el milagro —ganado a pulso— de una noche de estreno memorable, poco vista. A los aplausos y bravos incansables, siguió un largo quedarse el público, tras la representación, en el «hall» de la sala para comentar, para prolongar la fiesta.

En la plaza del escenario habíamos visto al pueblo de España cantar sus ansias de libertad, sometida por el Absolutista. En el recinto, cerrado y encalado, de este como patio de vecindad, en que se encarcela bajo siete cerrojos a los que no quieren estar pisoteados, vibraban las voces de las gentes dispuestas a no callar. A la prisión correccional de las mujeres perdidas —como si la libertad de buscarse refugio donde sea con tal de no morir— arrojan a los rebeldes y conspiradores, con la intención, quizá, de señalar que la libertad es vicio de mal nacidos. Todo lo mucho que se ha trabajado arduamente en este país para propagar la primera dignidad del hombre —ser libre, con derecho a tener ideas— se reúne en esta pieza. Y en medio de este sucio marasmo se planta la flor de los que entregan sus días y su vida entera a la lucha del no inclinarse, de no bajar la cabeza.

Esta no es la Mariana Pineda un poco estampa romántica. Aquí ni siquiera es Mariana Pineda la que más importa. El protagonismo de «Las arrecogías...» corre a cargo de todos los seres anónimos que se niegan a las ataduras, que se resisten a ser tratados como monigotes, que no se prestan al juego de ser tenidos por muñecos. Y en el texto de Martín Recuerda hallamos toda la fuerza de lo popular, sentido, vivido, pasado, sin derramar un miligramo por el baño de la reflexión culta —cultamente popular—, y esto hace posible que surja, en un verbo preciso, desgarrado, intrínsecamente poético, denunciador, la explosión de una fiesta de sangre y alegría de llanto y cantares, de cadenas y balles, de recelos y entregas a causas justas, de envidias y generosidad. Es un inmenso fresco, dibujado sin que tiemble la mano, de nuestra historia de casi siempre. La España negra y colorista, tragedia y tablao flamenco —de los auténticos—, documento escalofriante, sabiamente entendido por el autor.

Y este fruto gozoso, dado a luz por Martín Recuerda y minuciosamente acotado, ha caído en los brazos de Adolfo Marsillach, que ha sabido plasmarlo en el espectáculo total que exigía. Y ahí está este hermoso ritual, este teatro de la ceremonia montado en torno a la mesa que preparan las reclusas; en torno al baño rudimentario —en cuanto a los elementos utilizados y elegidos con tino— a que someten sus cuerpos para dejarlos relimpios en torno al lavado de las pobres ropas; en torno al tendido y extendido de los ocres lienzos, las ásperas sábanas. El pueblo, las mujeres del pueblo, afanadas en sus labores y sin perder el norte de la libertad. Una maravilla de lectura del texto magnífico. Ritmo imparable, sin atosigamientos, pero trepidante. Utilización del baile y el canto para el quiebro justo; empleo del taconeo y las palmas como signo de rebelión y actores, cada uno en su sitio exacto, con el gesto justo. Marsillach ha conseguido poner en pie, como se merecía, lo que Martín Recuerda creara. Y lo pocas veces logrado, que, aparte del estupendo cuerpo de canto y baile, también se atreven a las coplas y los pasos nuestras actrices, y muy bien. Qué entrega de los intérpretes —las mujeres en mayoría y en primera fila—, que se han puesto, sin reservas al servicio de la obra. Han alcanzado —todos— el difícil equilibrio del grito y la contención, del desgarrar y la capacidad de interiorizar, del azacaneo y la reflexión, del trajín y el pararse a decir.

El vendaval María Luisa Ponte, la briosa Natalia Duarte, la sarcástica Pilar Bardem, la quebrada Pilar Muñoz, la enhiesta Margarita García Or-

tega, la furia racionalizada de María Paz Ballesteros, la hierática Maruja García Alonso, la impetuosa Alicia Sánchez, la serena, firme, delicada y de fibra fuerte Concha Velasco, la desvalida Angela Grande, el friamente grave Antonio Iranzo. Todos —imposible citarlos uno a uno— se han hecho acreedores de nuestro elogio, sin matices. La escenografía y figurines de Montes Amenos e Isidro Prunes de un realismo surrealista sobrecogedor. Enrique Morente ha puesto en concierto y orden las bellas tonas, que se acoplan, sin un roce, al contexto.

El agua de los pilones —«tablaos» cuando han menester— es un acierto más para crear el clima localista, sureño, andaluz —granadino por más señas— y que por tal es universal en su autenticidad.

En la comedia hay un espectáculo de teatro popular de pura ley, una obra espléndida de Pepe Martín Recuerda. No se lo pierdan. Hay que verlo.

¿Quién se atreverá a seguir diciendo que no se estrenaba teatro de hoy porque no existe?

Manuel GOMEZ ORTIZ